

Ensayos de crítica y de historia

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA HISTÓRICA Y CRÍTICA
"AL FOLIO" N.º 122
MAY 1625 MONTEVIDEO, URUGUAY

"Caracteres", de La Bruyère (1)

Esta edición es muy exacta, muy completa y muy bien hecha. Encierra todas las variantes: una carta inédita de La Bruyère, su biografía, muchos juicios emitidos á cerca de él por contemporáneos suyos y por contemporáneos nuestros, y una cantidad de notas, reseñas y comentarios. Añádase que está bien impresa, que es de bellas proporciones y que al leerla se recibe el placer de los ojos con el placer del espíritu. Los pensamientos son como los hombres: tienen necesidad, para agradar, de estar bien vestidos, y el libro hace valer al autor.

¿Por qué conserva, sin embargo, el comentador, cierto número de notas que debieron desaparecer con La Harpe? «Idea ingeniosa» — «palabra profunda» — «giro espiritual», etc. El lector deja el texto con desdén, por tales observaciones; se hallaba de con-

(1) Nueva edición, por Adriano Destailleur.

versación con un pensador y cae, al final de la página, en manos de un gramático. El contraste es súbito, chocante, y al cabo de algunas líneas se siente necesidad de no continuar más, expuestos allí. Se deja al comentar en la planta baja y se permanece con el autor en el principal. Estas especies de observaciones se hacen en las clases cuando el profesor explica respecto á un escritor, á los alumnos novicios y principiantes. Estos abren desmesuradamente los ojos, grabando en su memoria «la buena frase», y hacen la resolución firme de emplearla en la primera ocasión. No tratéis al público á lo escolar; se es demasiado viejo á los treinta años para volver al colegio. Se quiere ya juzgar por sí mismos; no se quiere esperar á que le digan á uno doctoralmente que tal pasaje es bello. Un comentar no está en el púlpito; su oficio es reunir los documentos que puedan ilustrar al lector, hacer resaltar del texto los hechos contemporáneos; mostrar, mediante citas, las causas de las ideas y los sentimientos del autor; reponer el libro entre las circunstancias que le produjeron; sentadas estas reseñas, se retira; el lector llega, se aprovecha de estas observaciones y juzga como le parece.

De ahí un segundo reproche, á saber: ciertas notas están demás y ciertas notas faltan. Hay allí demasiadas observaciones gramaticales; hay pocas indicaciones históricas. ¿Y cuál escritor tiene más necesidad que La Bruyère de ser comentado por su obra de historia *Los caracteres y las costumbres de este siglo*? tal es su título, y este título indica que las anécdotas y los trazos de costumbres auténticas son los que solamente

pueden darle la expresión verdadera á sus figuras y transformar sus cuadros en retratos. No he visto dar más que un ejemplo. «Quien considerara — dice La Bruyère — que el rostro del príncipe hace toda la felicidad del cortesano, el cual se ocupa y se satisface durante toda su vida de verle y de ser visto, comprenderá, un poco, cómo ver á Dios puede formar toda la gloria y toda la felicidad de los santos.» Ved allí las cartas dirigidas á Mme. de Maintenon. «Mi situación es triste — le dice la princesa de Montauban —, pero estaría contenta siuviérais la bondad de consolarme un poco de ella, conduciéndome á Marly este viaje; y he aquí que pasaron tres ocasiones seguidas sin que el rey condujese allí á la triste princesa de Montauban.» «El rey — escribía el mariscal de Villeroy — me trata con una bondad que me apega á la vida; comienzo á ver los cielos abiertos; me ha concedido una audiencia.» — «Perdonadme, señora — dijo el duque de Richelieu —, la extrema libertad que me tomo de osar enviaros la carta que he escrito para el rey, en la cual le suplico de rodillas que me permita ir alguna vez á Ruel á hacerle la corte, porque mejor quiero morir que estar dos meses sin verle.» — Antes de estas citas, la frase de La Bruyère aparece bastante violenta; después de ellas se la encuentra débil. La elocuencia del lenguaje languidece siempre al lado de la elocuencia de los hechos. ¿Qué de comentarios semejantes no se podrían sacar de Saint-Simon, Dangeau, Mme. de Sevigné, de Bussy Rabutin y de tantas memorias y tantas cartas, más numerosas cada día, que desmascaran la historia oficial y revelan la historia

verdad? No hay un escritor del gran siglo, que no pueda ser enmendado á los ojos del público, por este género de crítica; de ella han dado ejemplo M. Villemain, M. Saint-Beuve y todos nuestros maestros, y es imprudente, cuando se puede marchar por un camino ancho y nuevo, retroceder hasta el sendero olvidado, donde el abate L. Batteux herborizaba entre las sinecdoques y las metonimias.

Además, el comentador ha dado sobre la vida de La Bruyère muchos detalles interesantes, y se puede uno, gracias á él, figurar bastante claramente el carácter de este gran artista, cuyos escritos son tan conocidos y cuya persona lo es tan poco.—Fué ante todo un hombre honrado: tal es la opinión de Boileau, Saint-Simon y todos sus contemporáneos. La virtud era para él un deber de su cargo; un moralista inmoral es el peor de los charlatanes. Vivió en una especie de retraimiento, y si bien fué hombre de mundo, contempló la escena sin convertirse en actor. «Se me le ha pintado—dice el abate Olivet—como un filósofo que no aspiraba más que á vivir tranquilo con los amigos y los libros, haciendo una buena elección de unos y de otros, no procurando ni rehuyendo el placer, siempre dispuesto á un goce modesto, é ingenioso para originarlo, urbano en sus maneras y sabio en sus discursos y aborreciendo toda suerte de ambiciones, hasta la de mostrar el ingenio.» Este último carácter es suficiente; pero los otros representan bien al hombre desengañado del mundo, que tiene gusto en reprimirse y en abstenerse y no goza de otro placer que el de leer y observar.

«Era—dice Saint-Simon—muy desinteresado. Contentóse toda su vida con una pensión de mil escudos que le daba M. el Duque, al cual él había enseñado la historia, y no procuró sacar partido de su libro.» «Venía casi diariamente—dice M. Formey—á asesorarse en casa de un librero llamado Michallet, donde hojeaba las novedades y se complacía con una niña muy gentil, hija del librero, con la cual había entablado amistad. Un día sacó un manuscrito de su bolsillo y dijo á Michallet: «¿Queréis imprimir esta obra? (eran los *Caracteres*). No sé si ahí tendréis alguna ventaja, pero en caso de éxito, el producto será para mi pequeña amiga.» El librero emprendió la edición. Apenas la puso en venta, fué agotada, y se vió, el librero, en la necesidad de reimprimir muchas veces el libro, el cual le valió doscientos ó trescientos mil francos. Tal fué la dote inesperada de su hija, que hizo á continuación el más ventajoso matrimonio. Tiene mucha gracia esta anécdota y causa más placer cuando se sabe que La Bruyère no poseía á su muerte sino un tercio de una pequeña hacienda, situada en Sceaux, estimada en cuatro mil francos.

Tenía el alma fiera y no quería, ni aun para entrar en la Academia, hacer esa especie de pruebas y solicitudes que no son sino ceremonias. La primera vez fué rechazado, y no obtuvo más que siete votos; la segunda vez fué admitido; pero sin haber empleado nunca la influencia de los príncipes á quienes él servía, se la hizo sentir á sus compañeros en su discurso de recepción, y se vengó de su primera derrota con mucha delicadeza é ingenio. «No hay—dijo—

puesto, ni crédito, ni riquezas, ni títulos, ni autoridad, ni favor, señores, que hayan podido obligaros á hacer esta elección; yo no tengo nada de todas estas cosas: todo me falta; una obra que ha tenido algún éxito por su singularidad, y de la cual las falsas, yo creo que las falsas, y malignas aplicaciones, pueden ponerme cerca de personas menos escogidas y menos esclarecidas que vosotros, ha sido toda la mediación que yo he empleado y que vosotros habéis recibido.» No se puede vituperar ni alabar á un mismo tiempo con mayor finura, ni poner juntamente más modestia y más dignidad.

Él muestra en su obra un fondo de gracia y de ternura que aparece en diferentes lugares, pero aquélla está casi por todas partes recubierta por áspera y tirante sátira. El capítulo del *Cœur* y el de las *Femmes* se hallan sembrados de rasgos nobles, emocionantes, exquisitos, que contrastan con el lenguaje mordaz del resto y dejan adivinar lo que hubiera podido ser el autor si las circunstancias no le hubiesen derivado hacia un género más violento y más triste. «Qué desinteresadamente se procede respecto de aquellos á quienes se ama—dice en alguna parte,—es necesario á veces reprimirse por ellos y tener la generosidad de soportar.» Y un poco más adelante: «Allí puede gozar quien guste un placer tan delicado y no tener que aceptar el que algún amigo sienta proporcionarle.» ¿Quién fué el amigo que inspiró esta encantadora frase digna del capítulo de Montaigne sobre La Boétie? Rasgos semejantes son verdaderas confidencias; el autor se manifiesta en ellos, sin pensarlo; hablando del

hombre en general, habla de sí mismo. Esta expansión involuntaria se hace aún más visible cuando se trata del amor. ¿No es necesario haber amado para escribir la frase siguiente? «Un hermoso rostro es el más bello de todos los espectáculos, y la armonía más dulce es el sonido de la voz de aquella que se ama.» ¿No hay una confesión en la observación siguiente? «Hay algunas veces en el transcurso de la vida tan caros placeres y tan tiernas relaciones que se nos prohíben, que es lógico decir, al menos, que debieran permitirse; tan grandes encantos no pueden ser superados, sino por el de saber ni renunciados, sino por virtud.» La vaguedad en que se contienen estas semiconfesiones les presta una gracia que no puede dejarse de sentir. Cuando Racine escribió el papel divino de Monima, no halló una emoción más contenida, más delicada y más profunda. Produce el efecto de una música emocionante, que arrebató cuando se la escucha, y que cuando no se la oye más, hace soñar. ¿De dónde vienen, pues, las sátiras apasionadas, los movimientos de profunda tristeza y los accesos de cólera amarga que llenan los *Caracteres*?—La Bruyère era pobre, pensionado por un prócer, comensal de su alteza, sin nombre y sin crédito, simple preceptor y hombre de letras, entre gentes poderosas y señores que despreciaban estos dos títulos, aún más que lo harían hoy. Su patrón, M. el Duque, «era brutal, bravío, de un humor insoportable y feroz.» Se sabe cómo trataba al pobre Santeuil; hacía de éste su bufón, y un día tuvo la complacencia de echarle tabaco en el vino; Santeuil se sintió morir. La señora duquesa era una

30954

UNIVERSIDAD DE CALIFORNIA
 BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD
 MANUEL ANTONIO RAMÍREZ
 MAR 22 1972

persona «despreciativa, burlona, picante, incapaz de amparar la amistad y muy capaz para el odio, siendo en este caso mala, fiera, implacable, fecunda en la invención de artificios negros y en canciones mortificantes, de las cuales también lanzaba contra las personas á quienes parecía amar y que pasaban la vida con ella.» Además, los grandes de entonces consideraban á las gentes de letras como una especie de criados divertidos. El papa suplicó al rey que le «prestase» á Mansard, exactamente lo mismo que vosotros pudiérais pedir á vuestro amigo que os prestara su caballo ó su perro. Un hombre de corazón, y que tenía conciencia de su mérito, debía sufrir en situación semejante, de cualquier modo que fuese, La Bruyère se sentía sujeto á la merced de un príncipe; no podía frecuentar el trato de los señores, de los hombres de negocios y de los hombres de buen trato que veía desde tan cerca y entre los cuales había pasado su vida, sin verse tratado con la ligereza altiva y la humillante condescendencia que se tiene siempre con un inferior. Él ha puesto veinte pensamientos en su libro sobre el desprecio que acompaña á la condición de subalterno y de literato. He aquí dos, que tomo á la ventura: «Yo no sé, decís con un aire frío y desdeñoso; Filante tiene mérito, ingenio, gracia, exactitud en cumplir su deber, fidelidad, subordinación para con su amo, y es medianamente considerado; ni agrada ni se gusta de él. Decidme, ¿es á Filante ó al grande al que sirve, á quien por esto condenaréis?» «Es sabio — dice un político —, es pues incapaz para los negocios; yo no le confiaría ni la dirección de mi guardarropa. Y tenía

razón. Ossat, Ximenés y Richelieu fueron sabios. ¿Y fueron hábiles? ¿Han pasado por buenos ministros? *Sabe el griego* — continúa diciendo el hombre de Estado —; es un pedante, es un filósofo. Y, en efecto, un frutero de Atenas, según las apariencias, hablaba griego, y por esta razón era filósofo ó los Bignon y los Lemoignon eran puros pedantes. ¿Quién podría dudarle?» Este tono indica una herida secreta siempre abierta; cuando la burla se torna habitualmente es un sarcasmo, estad seguros de que el burlador sufre. Los golpes que da La Bruyère son tan punzantes y tan profundos, que descubren siempre resentimientos bajo la elocuencia y una venganza en la lección. «Crisante — dice — hombre opulento é impertinente, no puede ser visto con Eugenio, que es hombre de mérito, pero pobre. Creería ser deshonorado. Eugenio se encuentra respecto á Crisante en la misma disposición; no corren, pues, riesgo de chocar.» Aquí veis el continuo sonreír y amar de un alma superior que ve que se la desprecia y que devuelve centuplicado, pero en silencio, todo el desdén que ha recibido.

Desgraciadamente este sentimiento, bastante frecuente y bastante penetrante, envenena pronto todos los demás. Acaba por hacerse incapaz de alegría y aun de calma; no se ve en los vicios del hombre la necesidad interior, que los hace tolerables, ni en las ridiculeces del mundo, la bobería que las hace divertidas. Se pierde la filosofía serena y el ingenio cómico; se hace uno safrico y misántropo; se da uno á los contrastes violentos á las apasionadas exageracio-

nes y á los apóstrofes sangrientos; se procura herir, confundir y humillar á los hombres. Se entristece uno y los entristece; se hace uno tendencioso y afectado. No habla uno más que mediante retazos insultantes y frases cáusticas; no se dice nada sin hacer un esfuerzo; se preconiza la sabiduría sin mostrarla, y se pone colérico para recomendar á los hombres que sean moderados y pacíficos.—Tal es, en efecto, el tono habitual de La Bruyère; su estilo, por muy perfecto que sea, fatiga; las emociones extremas y dolorosas que le llenan se comunican á los lectores; se siente uno mal cuando le ha leído, y se quiere mal á la especie. Deja, con mayor fuerza y menos monotonía, la misma impresión que Rousseau; los dos fueron profunda é incesantemente mortificados por la desproporción que había entre su genio y su fortuna, y su secreto mal humor, agrió y coloreó su estilo. Este sufrimiento interior llevó sus miradas hacia los pequeños y los desgraciados; Rousseau escribió el *Discurso sobre la desigualdad*; La Bruyère hizo más: ha resumido en una frase cuanto los reformadores han acumulado en veinte obras de ironía, de vehemencia, de dolor y de piedad; él dijo á los grandes señores y á las grandes damas, que se reían «de estos campesinos bretones obstinados en hacerse colgar»: «Se les ve, verdaderos animales silvestres, machos y hembras, extendidos por la campiña, negros, lívidos, quemados del sol, ligados á la tierra que cavan y remueven con una tenacidad invencible; tienen como una especie de voz articulada, y cuando se levantan sobre sus pies, muestran una faz humana, y en efecto son hombres. Du-

rante la noche se retiran á establos donde viven de pan negro, agua y raíces; evitan á los demás hombres el cuidado de sembrar, elaborar y recolectar para vivir, y merecen por tanto que no les faltara de ese pan que han sembrado ellos.» Luego, añade: «El pueblo casi no tiene ingenio, los grandes no tienen alma; pero tiene un buen fondo y no tiene nada por fuera; éstos no tienen más que exterior y son una simple superficie. ¿Cuál elegir? Yo no vacilo: *quiero ser pueblo.*» Hasta la expresión, todo en esta frase, parece inspirado por el espíritu de la revolución.—Así es como situaciones semejantes hacen que nazcan también pasiones semejantes. La opresión produce siempre la revuelta, y se ama cien años antes la igualdad cuando cien años antes se ha sufrido la desigualdad.

Un último rasgo de La Bruyère, común también á Rousseau, acabará de abarcar el carácter de aquél. Me refiero á la melancolía incurable, la tristeza reconcentrada y más profunda del alma, la pérdida de toda ilusión, el desagrado de los hombres, el sentimiento cruel de la miseria humana. ¿Qué palabras habrá semejantes á éstas?: «Es necesario reír sin haber llegado á ser dichosos, por miedo á morir sin haber reído.» «La vida es corta y aburrida; se pasa en un continuo desear: se espera del porvenir el reposo y sus goces; de la edad en que los mejores bienes han desaparecido ya, la salud y la juventud. Llega este tiempo y aún continuamos deseando; y así estamos cuando la fiebre nos agarra, y nos extingue; y si uno se cura, no es sinó para desear más extensamente.» Su libro procura contar «de cuántas maneras puede

ser el hombre insoportable»; á él le queda, como á Rousseau, el amor de su arte y, además que á Rousseau, el amor de su religión. El último capítulo de los *Caracteres* contrasta con nosotros. Por su cristianismo, La Bruyère es del siglo XVII. Por su tristeza y amargura, es nuestro contemporáneo. He aquí lo que se puede adivinar de su carácter. Respecto á su ingenio y géneros de su talento, son bien visibles. Me parece que al principio su pensamiento era más vigoroso que extenso, y que tenía menos originalidad que palabras. No aporta ninguna vista de conjunto ni en moral ni en filosofía. Tened en cuenta que se les podría presentar sin necesidad de componer tratados sistemáticos. Montaigne, La Rochefoucauld y Pascal no ordenaron sus series de fórmulas abstractas, y sin embargo tuvieron una manera original de juzgar la vida; cada uno de ellos vió las acciones humanas bajo un aspecto que no habían sido vistas hasta entonces. Si se les consulta presentará cada uno un cuerpo de ideas enlazadas y precisas, sobre el fin del hombre, su bondad, sus facultades y sus pasiones. Abren nuevas vías, y es subordinarles toda la vida el tomarlos por maestros y consejeros. La Bruyère, por el contrario, no descubre sino verdades de detalle; muestra el ridículo de una moda, lo odioso de un vicio, la injusticia de una opinión y, como él mismo dice, la vanidad de todas las relaciones del hombre. Pero estas visiones esparcidas no le conducen á una idea única; tantea mil senderos, y no se afirma en ninguno; de tantas observaciones verdaderas como hace, no forma un conjunto. Él da consejo á cada

edad, á cada condición, á cada pasión, pero no á la humanidad; y cuando al fin, en su último capítulo, reúne las pruebas de Dios, no hace otra cosa que casar, en estilo imperioso y breve, los razonamientos de los escolásticos y los de Descartes.

Su talento consiste principalmente en el *arte de atraer la atención*. Invento poco, pero marca cuánto toca, con un sello imborrable. No dice sino verdades comunes, pero una vez que él las ha dicho no se olvidan más. El se asemeja á un hombre que viniendo á contener á los viandantes de un camino, cogiéndoles del cuello, les hiciera olvidar sus negocios y sus placeres, les obligara y forzara á mirar, puestos á sus pies, aquello que no vieran ó no quisieran ver, y que no les permitiera marchar sino después de haber grabado el objeto de una manera indeleble en su memoria admirada. También se hallan en él todos los artificios del estilo; jamás ha sido la forma tan sobria ni tan capaz para darle valor á un pensamiento. Introduce personajes ficticios, prestándoles diálogos, y así tranforma la lección de moral en escena dramática.

Hace hablar á un personaje antiguo, Heráclito; luego á Demócrito y hace interesante la lectura por la extrañeza de sus discursos. Imita el estilo de Montaigne y sorprende la atención por el contraste ante el lenguaje antiguo y el moderno. Apostrofa al lector y se hace escuchar poniéndole aparte. Algunas veces pica la curiosidad mediante enigmas é ingenuidades aparentes. Agranda los objetos, recarga los trazos, acumula los colores y la figura que pinta se hace tan ex-

presiva que no es posible dejarla ya más de ver. «Hay—dice—almas groseras, endurecidas por los sedimentos y las inmundicias, tan apegadas á la ganancia y al interés, como las almas bellas lo son á la gloria y á la virtud; capaces para una sola volición que es la de adquirir y no perder; curiosas y avidas de acumular dinero; únicamente ocupadas de sus deudores; siempre inquietas respecto á las rapiñas ó respecto á la depreciación de la moneda; entregadas y como abismadas en los contratos, los títulos y los pergaminos. Tales gentes no son ni parientes, ni amigos, ni ciudadanos, ni cristianos, ni pueden ser hombres: tienen dinero.—» Allí donde los hechos no bastan, las metáforas apasionadas empujan la hipóbole hasta los límites más extremados. Apenas es uno elevado á un nuevo puesto—dice La Bruyère—cuando se produce un desbordamiento de lenguaje en su favor que inunda los patios, la capilla gana la escalera, las salas, la galería, todo el departamento; allí no hay más que ver: no hay otra cosa.» Las paradojas simuladas; las alianzas de palabras chocantes; los contrastes calculados é impresionantes; las frases breves, concisas é intensas que parten y hieren como una punta de flecha; el arte de poner de relieve una palabra, de resumir todo el pensamiento de un trozo en un rasgo saliente; las expresiones inesperadas é inventadas; las frases chocantes, de ángulos bruscos y facetas fulgurantes; las alegorías sostenidas é ingeniosas; la imaginación y el ingenio derramados profusamente y adornados mediante el trabajo más asiduo y más hábil: tal es el estilo

de La Bruyère, y le ve cuánto se aparta de la sencillez y de la facilidad que conservan los demás escritores de su siglo. Se enlaza más bien con el siglo XIX, y no sería difícil mostrar en Balzac y Victor Hugo mucho de la manera de escribir que él tuvo; y en un tiempo como éste, entre gentes distraídas de la literatura y ocupados en los negocios, la primera regla del estilo es también la de atraer la atención. Nosotros queremos, como él, constreñir al lector á que nos lea, y la misma causa produce en nosotros y él los mismos efectos. Si se quiere una prueba basta observar que La Bruyère emplea perpetuamente la palabra propia y los rasgos particulares, mientras que el gusto clásico y los hábitos literarios del siglo XVII no se acomodaban sino á los rasgos generales y á las expresiones comunes. Nombrar las cosas por su nombre, hablar de pinturas, de vidrierías, de títulos, de contratos, de los objetos más inferiores y más populares; no desvanecer, sino al contrario, poner de relieve y á la luz los detalles más chocantes, era un prodigio, en un siglo en que los convencionalismos eran tan imperiosos, en que los refinamientos de elegancia y de buen tono imponían á los escritores un estilo templado y contenido. ¿Se ha escrito en nuestros días una cosa más cruda que el siguiente retrato?: «Gnathon no se sirve en la mesa más que de sus manos; toca las viandas, las retoca, las desmembra, las desgarras y procede de manera que los convidados, si quieren comer, han de comer sus sobras. No les evita ninguna de esas faltas de limpieza enojosas, capaces para quitar el apetito aun á los más ham-

brientos. Los jugos y las salsas le gotean del mentón y de las barbas. Mientras come un guisado en un plato á la vez lo derrama en otro y en el mantel; va dejando huella. Masca con gran movimiento y gran ruido; voltea los ojos cuando masca; la mesa es para él un soporte; limpia sus dientes y vuelve á mascar.» ¿Habría dado nunca Balzac detalles de fina y menuda observación más precisos que éstos?: «N... es menos débil por la edad que por la enfermedad, porque no tiene más de sesenta y ocho años; pero tiene la gota, está expuesto á un cólico nefrítico; tiene el rostro descarnado, el tinte verdoso y amenazando ruina: él hará margar su tierra y cuenta con que en quince años enteros estará obligado á abonarla... Hace construir en la calle X unas casas de piedras talladas, sujetas en las esquinas por manos de hierro...» ¿Por qué esta afición á los detalles familiares y los hechos menudos, exactamente iguales que los que á diario hallamos en torno nuestro? Porque son los únicos que impresionan fuertemente. Las líneas generales son vagas, y á fin de adueñarse de la atención del lector, La Bruyère, como Balzac, se ve obligado á tocarle en lo vivo mediante rasgos particulares tomados de la vida real y de las vulgares circunstancias. Este género se llama hoy *realismo*. Siempre hemos visto en La Bruyère un elogio del pueblo, reclamaciones en favor de los pobres, una sátira amarga contra la desigualdad de las condiciones y de las fortunas; esto es, los sentimientos que se llaman hoy democráticos. ¿No es curioso encontrar este gusto literario en un amigo de Boileau, y estas inclinaciones políticas en un profesor de M. el

Duque? Un estilo enérgico y una imaginación ardiente y fecunda, indican allí un corazón apasionado y completan el retrato. Si procura uno figurarse á La Bruyère, se le supone un hombre capaz de sentir y de sufrir, que ha sentido y que ha sufrido; entristecido por la experiencia, y resignado, aunque no calmado; que merece mucho, y se contentó con poco; cuya alma hubiera podido invertirse en cualquier aplicación grande, y que tuvo que limitarse al arte de escribir, sin que la literatura abriera á su pasión y á sus ideas una salida muy ancha. «Un hombre—dice él—nacido cristiano y francés se halla obligado á la sátira: los grandes asuntos le están prohibidos. Los desflora alguna vez y se vuelve al punto hacia las cosas pequeñas, que él engrandece por la bondad de su genio y de su estilo.» Tal es su última tristeza y su último pensamiento.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO MARTÍNEZ
MEXICO, 1925